

El Camino Recorrido



Tristán Solarte

TRISTÁN SOLARTE

El camino recorrido

Panamá, 2002

P.
861
S42 Solarte, Tristán
El camino recorrido / Tristán Solarte. - Panamá :
Imprenta Universal Books, 2002.
100 p.; 21 cm

ISBN 9962-02-302-5

1. LITERATURA PANAMEÑA - POESÍA
2. POESÍA PANAMEÑA I. Título

© El camino recorrido

© Tristán Solarte

Diagramación de texto: Lourdes Jaramillo

Diseño de portada: Aura Benjamín

Supervisión: Leila I. Brown M.

Primera Edición

Julio, 2002

ISBN 9962-02-302-5

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, incluida la fotocopia de acuerdo con las leyes vigentes en la República de Panamá, salvo autorización expresa del autor.

Impreso por Universal Books

Panamá, Rep. de Panamá

Poema bárbaro

Voy a envolver mis pasos con la sombra de un pez
cualquiera
para escalar esta cumbre de niebla
mi voz se yergue en medio del viento como una estatua del
sueño

Voy a hablar de mí de mi padre devorado por las uvas
de mi abuelo sideral espantapájaros consumido por la
niebla
del ángel de mi guarda dulce compañía pastor de mi muerte
fina campanada creciéndome entre el alba y la noche
cómplice de todos mis pecados
de mi hermana Mireya que se ocultaba detrás de unos
anteojos oscuros
para que no la encontrara el día
de mi madre que perdió toda una vida tejiendo con
luciérnagas
el traje que había de lucir un gallo en las madrugadas del
más allá

Traigo frente a mí un relámpago inmovilizado a la altura de
la frente
Por mis manos se desliza un río
Por estas mismas manos que un día soltaron las amarras del
mar

Por mis ojos campos yernos donde pastan antiguos bueyes
regresa Mambrú triste y cansado

Panamá ... oct. de 1944

En el oncenavo aniversario de la muerte de mi madre

Perdóname por haberte retenido en la tierra,
Perdóname por no haber rolo las raíces
que en mi hundió tu recuerdo
Perdóname por haber conservado tus trenzas,
tus negras trenzas que en el fondo del baúl familiar
continuaron creciendo.

Perdóname los sueños en que agoté tu ternura.
Perdóname tus gestos, tu voz,
que prolongaron mis noches de insomnio.

Perdóname las voces con que te he llamado.
Perdóname las fiebres que al borde de mi lecho
te han reclamado,
Y por haberte envejecido, perdóname, madre.

Once años han pasado sobre el rostro
que conserva mi memoria.
Cada pena mía le ha abierto una arruga,
le ha arrancado una lágrima.

Once años te he hecho vivir en mí
con dolorosa y cotidiana hondura.
Once años arrancados al silencio absoluto,
a las aguas definitivamente niveladas.
Once años que he retrasado tu amorosa
entrega a la muerte,
que te he condenado a velar mi sueño.

Hoy, que ya regreso de la vida,
que una helada quietud me va alejando
de todo lo que he sido,
vengo a decirte con once años de retraso: descansa en paz,
yo también voy a rendirme al silencio que tú invocaste.

Panamá, 23 de diciembre de 1947

Confesión

Yo vi las esferas
Yo toqué las fronteras
y mis manos se mancharon de eternidad
El silencio me expulsó del mundo
Ahora puedo escuchar los interminables comadreos de los
muertos
en la paz simétrica de los necrocomios
Yo sé el volumen exacto de infierno que hay en cada tumba
Y hay signos de hielo en mis labios
Conozco nombres y rostros que me callo
entornando los párpados
En noches de oscuridad sin fin saco
al viento mi fantasmómetro

Ese soy yo señoras y señores
el despreciable el desterrado el réprobo
Huid de mi
Crucificadme en el fondo de un río
que yo renaceré al tercer día de vuestra muerte

En la isla (1934)

Era entonces el mar breve de viento
y de voz.

Matinal, pajarecido, de gozosa luz,
de bien repartido
sol.

Claro de aguas él, yo de pensamiento.

Deseo

¡Ay, si a la Monna Lisa
pudiera dinamitarle
las compuertas de su risa!

Elegía a un soneto

(que se me perdió junto con la factura de la Fuerza y Luz y otros papeles importantes)

Ya no habrá de volver el cadencioso
encanto de tus sílabas de brisa
a dar a los oídos el reposo
de la encontrada forma: la sumisa

palabra que adhirió su luminoso
cristal al sentimiento. La indecisa
memoria guardará sólo un borroso
recuerdo de tu música precisa.

Pero tal vez, tal vez no se ha extraviado.
Acaso fue a parar al santo cielo,
donde un san Pedro oficinista eleva

hasta Platón los versos olvidados
por poetas que los graban en el hielo.
Y un ángel los derrite y se los lleva.

Los años repetidos

Los años repetidos junto al mar,
con el verano encallado en sus playas
y el indeleble rosa de las tardes,
me han dejado su huella de infinito
en el corazón que se ocultó de Dios.

En el crepúsculo lluvioso

La lluvia vespertina ha precisado
tu recuerdo: contemplo el cielo, el lodo,
la gris profundidad del aire, y todo
me define tu rostro acongojado.

Como el agua, tu rostro ha salpicado
de marinas distancias y de vado

Adánica

El dios que quise ser me ha castigado:
me ha tocado con sus manos soñadas
el costado, y del fondo de mi ser
ha brotado –como una llamarada
que me ciega- esta forma de mujer.

Final

Me voy. El cuerpo ya me viene estrecho
como un viejo traje.
Terminaron los novillos, poeta.
Ya es hora de regresar
a la clara escuela del silencio.
Tira las palabras, el luto,
los pobres versos.
Ponte ligero de corazón y de recuerdos
para el largo viaje

Onán

Onán: amor se ciega de tristeza
en tu mirada. Luces de otros ojos
se corren en los tuyos. ¿Qué fijeza
de sol pone en tu piel estos sonrojos?

Te siento herido. Toda la belleza
se embosca en tu camino en luz y abrojos,
que para hundirte se pondrá de hinojos
la diosa azul de lúbrica aspereza.

Mas todo, todo en tu camino es sombra:
es sombra amor, y la voz que te nombra
es sombra de otras voces que no te aman

en tu nocturno anhelo solitario,
que un ángel muerto tañe el campanario
¡y están muertas las manos que te llaman!

Adiós

Acaso las palabras de mi canto
se vuelvan contra mi alma en tus oídos,
y en aires de silencio desmedido
me pierda el ritmo en que lloré mi llanto.

No habrá perdón a tanta pausa y tanto
amargo balbuceo sin sentido
(ardiente llaga, piel de mi gemido,
sombrio muladar de mi quebranto).

Pero tal vez, cuando haya yo purgado
en limbos de silencio mi pecado,
levantarás el velo que cubría

la desnudez radiante de las cosas,
y en la secreta lumbre de la rosa
me abrasarás el alma de poesía.

Evocación de un poeta

A Rogelio Sinán

“Porque son muchos los poetas jóvenes que antaño han muerto.

A través de los siglos se saludan y oímos encenderse sus voces como gallos remotos que desde el fondo de la noche se llaman y responden...”

Carlos Martínez Rivas “Canto fúnebre a las muerte de Joaquín Pasos”

“Se mezclaron voces ajenas a la mía...”

Pablo Neruda “Crepusculario”

¿Quién eres? ¿Dónde tienes tu morada?
¿Qué enorme territorio atravesaste
hasta llegar al mío en el crepúsculo?
¿Estabas acechando la ocasión
para que yo sintiera tu presencia?
¿O para aparecer de cuerpo entero,
no como te forjó mi fantasía
con la materia prima de la vida:
la frente de Rogelio o la de Carlos,
o los lunares de García Lorca,
más el miedo a la muerte de Villon
y la bondad de Herrera Sevillano?
Ignoro cómo fuiste, o te miraron
con ojos indiferentes tus coetáneos,

y en realidad no importa demasiado,
ni conocer tus preferencias poéticas:
si amaste a Garcilazo o a fray Luis
o al tenebroso autor de La Odissea.
O a un poeta del que nadie ha oído hablar,
pero al que tú recitas de memoria.
Me basta con que acudas sin llamarte;
que tiemble, con las voces del invierno
natal, tu acento hasta hoy desconocido.

Yo soy el mismo mozo desmañado
que junto al mar enronqueció llamando
la muerte, bajo el sol de sus mayores.
Canté, como otros poetas muy queridos
-Acuña y tantos- el desdén amargo
y el mismo loco amor sin esperanza.

Yo soy el mismo mozo taciturno
que amó el silencio y fue correspondido.
Aquí me tienes: fiel al archipiélago,
adorando cada una de sus islas
expuestas al Caribe huracanado
y a la falla excavada por Neptuno.

Cantor de informes voces, pobre bardo,
tomé mi canto -caracol- del mar.
Ladrón, con mi botín me di a la fuga
hasta que en Bluff de mar malhumorado
me senté a disfrutar de mi tesoro,
y le apliqué el oído, esperanzado.
Pescé al oleaje que levanta el sur
y al aullido del dios de la tormenta,

quedé apresado en su prisión sonora,
y es hoy mi canto un eco almacenado
del bronceo litoral de mis mayores.

Mas esta tarde encuentro sorprendido
que tiembla entre mis voces una nueva
altura y una nueva claridad.

Otra es la brisa que remece el árbol,
otro idioma me araña la laringe
y quiere abrirse paso a mis oídos.
Es de otro el tono que me abrasa el labio,
ajenos los latidos de mi fiebre,
exacto el ritmo con que tiembla el verso.
¿De dónde vienes, misteriosa música
cautiva en tu guitarra? ¿Dónde naces?
Cuán dulce es tu cadencia, qué descanso
es al sentido que embotó el invierno;
¡cuán grata y suave, qué dulzor! Ignoro
si el viento que acarrea su remoto
mensaje, su discurso de otros días,
añade un poco de armonía al canto
que escucho como Keats su ruiñeñor.

Quiero y no quiero conocerte Apolo,
de cuya lira granan los acordes
que esta tarde se trenzan a los míos.
Vivió tal vez en hoscas selvas húmedas;
quizás creció a la orilla de nevadas
mareas, entre cantos de guerreros
y gritos de vikings descomunales.
América tal vez su malla oscura,
con indios que vivieron entre dioses,

tejió el dolor y su dolor el canto
y el canto su tristeza, su tristeza
silencio y el silencio pedernal,
y el pedernal cuchillo y sacrificio.
¿O fueron las callejas mortecinas,
crispadas de odio, de misterio y crimen
de una ciudad cualquiera contemporánea
lo que te reveló a la diosa blanca?

Pero quizás no importe demasiado
la edad en que vivió, tampoco el sitio,
ni cómo exactamente halló su voz.

Me bastará decir que lo imagino
vigilando mi sombra en el espejo.

Y digo -- bien pensado lo que digo--:
te sueño como un árbol que defiende,
celoso, su verano del otoño.
Juglares voces te circundan, prados
que orquestan pobre grillos desolados.
La hierba llega a tus rodillas, ángeles
sin cielo, errantes, juegan a ser niños
en el rocío fresco de la aurora,
sobre las huellas tibias de la noche.
Y tú sin nombre, poeta trashumante,
en cuyo corazón se encienden versos
perfectos, que en tu boca se transforman
en balbuceos casi incomprensibles,
o acaso en un temblor de seda y pájaros
heridos, altecos vegetales.
O en un puro y perfecto endecasílabo.

¿Viniste para hacerme confidencias?
Anoche tú soñaste con la amada;
en el sueño asimismo desdeñosa,
rechazó tu impaciente acometida,
negándose al mandato de la especie;
dejó en silencio el nombre de tus muertos.
Comprendo todo tu cansancio, entiendo
por qué te enfureciste con mi sombra
vociferando insultos al espejo.

Has encontrado nuevas melodías
en el silencio vivo de la arena.
La arboladura amarga de la muerte
asciende con la noche bajo el cielo.
Incierta el alma frente a la verdad
desnuda, inicia su temblor, ofrece
la frágil flor de vida, la migaja
de amor de los sentidos, la esperanza
de paz, de que Dios se regale a todos
los que perecen en su busca, todos
los que se hundieron en el agua clara,
-bullente de infables teofanías-
que represan castores invisibles.

Mas de otra zona que del sueño vive
una estatua de aspecto escalofriante
te aguarda en Tebas con la espada en alto.
Tú sabes que tus versos la han velado;
en ritmos de embriaguez se te aparece
-encabritada yegua de la noche-
para perderse luego en la neblina
de un angustioso y turbio amanecer.

Pero en esta hora su verdad te busca,
y araña tus sentidos; mas no escuches
el canto de sirena, no desquites
los golpes del varón enfurecido;
aparta la mirada, no hagas caso
de la confusa esfera que te ciega.
En el planeta habita endurecida
la esfinge del enigma que te ahoga.
En un recodo del camino aguarda
batida por la arena del desierto,
impacientándose en su congelado
pedestal, y crispada de deseos.
Totales, maternos ojos ciegos,
delgados labios, fríos de crueldad.

También te sueño en paz con tus sentidos.
En paz contigo y tu bosque amado,
en paz con tu memoria y el olvido.
En paz: sedimentados los temores
en el más hondo poso de tu ser,
los versos fluyen luminosamente.
Entonces la poesía pura brota
del mar del alma en que se aloja el cielo.
Y el vendaval de la pasión oscura
se aclara y empalabra. Cruel, mezquina,
la musa va entregando a cuentagotas
el poema que te fuera prometido.

Mas todo cambia si en mitad del canto
te entrega el viento tu ración de Dios.
Porque el destino nuestro es descubrir,
y arrancarle sus velos al paisaje.
Temblar con cada flor al viento, amar

la jungla quebradiza, y el silencio
de las riberas, la inquietud del mar;
llorar por siempre, con dolor de niño,
la muerte de la madre, para siempre.
Y cuando al fin, para el retorno el útero
de una estrellada noche se nos da,
la tierra nos recibe rezongando;
y un busto en bronce o nada marcará
tu vacilante paso por la vida.

De pronto, en una noche de silencio
intolerable, manos descarnadas
buscando flores salen de sus tumbas.
Ansiosas manos que se estrechan huesos
sobre la tierra fría. Yo quisiera
que fueran estas manos las que enlacen
las tuyas, cuando el tiempo, arrepentido,
me lleve a su guarida. Que tu boca
junto a mi oreja yazga pululada
de claros versos, y que eternamente
escuche el poema que truncó la muerte:
que escuche tembloroso de verdades
en el lugar exacto de mi oído.
Y que en cielos de bien medidas sílabas
por siempre bañe mi alma la belleza
que en vida junto al mar busqué llorando.
Busqué en manos y uñetazos sangrantes,
en alaridos de impotencia, en sueños
de esquivas sombras, en ardor de insomnio,
insomnio alucinante hasta llegar
al sueño, alcahuete del deseo,
hasta tocar los senos de mi amada.

En todas estas cosas pienso, hermano,
en esta tarde en que creí sentir
temblando tus palabras en las mías.
Pero tal vez me engañan los sentidos.
Acaso mi ansiedad ha confundido
tu voz con los crujidos del ramaje.
Tal vez no es sino el ansia de apartar
la manta ardiente, la cobija en llamas
que cubre el cuerpo de una musa en celo,
o de sentirme amado por las piéridas
hieráticas que manan la poesía.
Quizás es por el canto que no llega
a mi garganta; que ya tarda mucho
el verso que se ciña a mi dolor,
y sueño delirantes ritmos nunca
oídos, en que se consume Dios,
el propio Dios de inescrutables poemas.
Y cuando pienso en lo que el dulce canto
de eterna voz sería al corazón,
me inclino humilde y muero de poesía.

La mujer estéril

¿Por qué presentimientos y terrores
hurtabas tu rugoso vientre umbrío
a la pesada inercia de la especie,
que en esas apacibles humedades
donde tu esencia toma pie en la noche,
no hallaban acogida la violencia,
la luz hereditaria de mi nombre?

¿Acaso rechazaban tus entrañas
la maldición del canto, el bardo oculto
en las hirvientes simas del desco?
¿Acaso viste proyectarse en sueños
el rostro tinto en sangre del abuelo;
la esfinge, ciega de crueldad y amor
preguntando emboscada en los caminos?

Empero, te prestabas a mi busca
dispuesta a darle al rostro del mandato
tu frente tersa, tu mirada ausente.
Mas de la tibia cuenca de tu vida
la sangre daba siempre su tributo
al cielo y a los astros implacables.

Perdón, perdón mujer de carne dócil
por este amor extraño a tu sustancia,
por este resplandor en la mirada,
y por el sino que guía mis transportes.
Quisiera amarte por tus senos duros
crecidos en mis manos para el mal,

y por salir del agua arrebolada
y por tu anchura noble de caderas,
y el sol profundo abierto entre tus muslos,
y por rendirte a las potencias turbias
que guardan los secretos de la noche.
Que a cambio de la vida que reclaman
chirriantes auras, voces rezagadas;
que a cambio del infierno en que te hundo
pudiera darte amor, amor corriente,
el de entrelazamientos y alaridos,
amor de cuerpo a cuerpo, henchida el alma
de niebla y levantada claridad.

El ángel silencioso me visita,
luciendo un ala de augural blancura,
con un clavel prendido en el ojal
y el sol de ayer dorándose en su frente.
La boca tensa, azul de predicciones.
Los ojos verdes miran hacia arriba
como exigiendo al cielo mi castigo.
El índice señala el calendario,
y el viento que sombrea sus pisadas
me hiela las entrañas de apellidos.
Que en el balido tenue de la muerte
te encuentre en mí, dictando la respuesta.
Te llevaré mi niño a la montaña
para que duerma en tu regazo,
abiertas las arterias a tu sed.
Levantaré el puñal resplandeciente,
me llevaré el cordero a mi guarida.

Por eso, amada, cede la delicia
oscura de tu vientre, la abrigada,
jugosa entraña que demanda el nombre.
Despierta con mis sueños heredados
y alerta los rincones de tu carne.
(Sufrida sombra: deposita en ella
la errante maldición, la culpa antigua,
y duerme al fin, descansa en el perdón.)

¡Un hijo, Dios de mi alma, un hijo, y muerte
para colmar la nada en tu presencia...!

Aproximación poética a la muerte

*“Y esos muertos quisieran un gabán
para arropar sus sueños bajo tierra.
(Demetrio Korsi: “Sinfonía en gris”)*

Fuimos al cementerio, ¿recuerdas?, a visitar
la tumba de tu hermano.

El cementerio situado en las afueras del pueblo,
a la orilla del mar, como un puerto de extravío.
Mi vida está llena de esos montoncitos de tierra
descuidados,

de esos herbazales furiosos que le disputan el sustento a los
muertos.

Por aquí y por allá vagaban, entre los escombros de las
tumbas,
crujientes cangrejos blancos como hechos de cartílagos
hambrientos.

Me miraste entonces, pensando quizás
en cómo luciría junto al polvo, descarnado.

Tus labios me rozaron la mejilla
en un beso helado y compasivo.

Te sonreí entonces en señal de asentimiento y comprensión,
Me recuerdas a mi madre en lo más profundo de tus ojos.

Mi madre era alta y bella;
cuando muerta, suplicaba, no me entierren en el pueblo,
en ese horrible cementerio.

Yo he visto marejadas espantosas
sacar los huesos de sus tumbas,
desparramarlos por la arena con la espuma bisbiscante.

De noche la muerte se hace con la voz del mar
quebrándose en los riscos.
Todo enmudece lleno del ser perdido
y se empapa de su extremoso aliento.

¡Ay! Que solo me han ido dejando
todos estos años de separación;
todos los parientes que se me han muerto
en los postres de aquellas cenas fabulosas;
las veces que han pintado tu casa y la mía,
mi casa, mi bella casa de madera
ahora convertida en hotel.
Cuando paso cerca de su mole de sueño,
pensamientos sin sentido
oscurecen el presente:
Regla de Tres compuesta y los viajes de Colón.
Quebrados y las partes del cuerpo humano.
Una victrola quejumbrosa y portátil
y las canciones aquellas que se cantaban con los bronquios.

Todo se ha venido de la mano a tus rodillas
y en tus muslos se aclaran los temores.
Aquí de la guitarra y las lecciones de dibujo
Y Josefina Guzmán en tiempos del serrucho.
André Bretón y la escritura automática
y la poesía verdadera en cuya busca nos perdemos
y el verso en cuya espera
gasté los años del amor.
(Cada vez más distante, más distante,
brillante y limpio de pura lejanía
y en tanto el sueño afirmaba en mis entrañas su dominio).

Alcemos las manos sudorosas
para que de lleno les dé la luz crepuscular
que aflige el fondo de mi alma
con esta perspectiva de cruces,
de cercas de madera, de marismas sibilantes.
Cada nombre es más dulce que el otro,
más dulce, y estos límites cenicientos
no pueden contenerlos.
De ahí la plácida melancolía que agita el viento
junto a nosotros.
De ahí la fuga deliciosa y el fuego ambiguo
que sientes en el pecho.
En serio: la muerte nada significa
si uno puede vaciar hasta el mismo fondo
el calor del alma y el calor del cuerpo:
si con ellos podemos hacerle un hijo varón al tiempo.

Pero mira aquí, allí, detrás de ese tronco podrido,
esa lápida mohosa: *mil ochocientos sesenta y...*
no sientes como un brillo santo el arrobo,
la gracia de no sé cuantas ansiedades;
la bondad, la solicitud,
los celos sin sentido, el chotis de largo alcance,
la voz precisa y grave
y un poco de cansancio satisfecho?
Así será conmigo.
Y tú alzarás una valla contra el viento
y la marea.
Y vendrán los meses de sequía
a quemar las silvestres margaritas.

Y el invierno, aislador de voluntades
a remover la tierra húmeda,
a dejar su pala fría junto a mis huesos.
De mi corazón se extenderá a la playa
una azul fosforescencia exacerbada por la espuma,
una alondra misteriosa,
un suspiro delicado.
Y dentro de muchos años, en el mismo sitio,
un poeta joven y pálido y enamorado,
vendrá a meditar en la esencia de la muerte y de la vida,
en la esencia del amor y del olvido;
y escuchará venir del viento mi voz desfigurada por la
espera,
y en el túnel resonante de su alma sentirá
encadenarse una a una las sílabas melodiosas
de ese verso suspirado.
Y tú estarás allí también, en los pliegues
más profundos de las letras, en el mismo seno
de la yámbica, celestial dulzura,
amada hasta el silencio y la locura.

Mira cómo sube al cielo el halo dorado y yerto
de la tarde.

¿No sientes ovillarse bajo ese montoncito de tierra
un cuerpo adolescente?

¿En qué otra tumba se agitará el término de su abrazo?

Así de noche nos ceñíamos desnudos en tu lecho,
y quizás la muerte también se ovillaba a tu lado,
entre las sábanas,
como un adolescente temeroso,
y así, nos perdíamos de placer los dos, los tres,
unidos por el miedo y por la edad.

Ay, mi pobre amiga! ¡Ay, mi pobre amiga:
qué solo me estoy quedando!
¡Qué solo me estoy quedando!

El viento seguirá con su clamor de bronce
por el espeso tejido del palmar
y por las vivientes islas irán de nuevo
oscuros hombres de abordaje
al amparo del sueño y de la sombra
Naves cargadas de legajos polvorientos
surcarán la mar en altas horas de silencio
El rey de los chánguinas decapitado
rondará los higuerones
Los colgantes puentes de los astros llegarán a escarcha
de rumores con la luna en la visión lesbiana del jardín
Y el capitán negrero le sacará la lengua al tiburón y a cada
una de sus rémoras
Princesa desnuda de carnes platescentes:
el cielo se cebará en tu cuerpo
te tatará la boca el paraíso.

En tanto, volvamos a las tumbas
y al dibujo profundo y grave de la luz.
Volvamos al silencio rebosante de seres contenidos.
Volvamos a la tristeza que te embarga esta tarde renacida.
Volvamos a los excesos del crepúsculo
sobre las aguas de la bahía.
Volvamos a la muerte
y a la comprensión poética de la muerte
y a la explicación un tanto pobre
que escuchas deslumbrada.
Debes sentirte libre de temor.
Quisiera darte un poco de mi paz.

Quisiera darte a comprender la razón del cielo,
la razón de Dios que nos escucha pensativo;
la razón del ángel de la guarda
y la razón del polvo, la delicada razón del polvo
que ya no puede más.

Quisiera darte con detalle las razones todas
del inmenso orgullo que me ciega,
y por qué de pronto adquiere un sentido luminoso y alto
la vida de ese idiota, de ese pobre loco
que en vida sólo habló con tartajeos broncos y babosos,
y cuya tumba se ha cubierto
de margaritas prodigiosas;
decirte del abismo que alumbró tu hermano;
de la difteria que arrebató a la niña,
y cómo, en el mismo instante de su muerte,
Dios se asomó a la vida por sus ojos
soñolientos y cansados.

Hablarte de todas estas cosas que parecen
profundamente misteriosas y lejanas;
pero que son sencillas, simples y sencillas en el fondo;
y cuya verdad a veces tú vislumbras
en el resplandor del sueño,
en esa luz que llega a ti dudando,
arrastrando su claridad terrible
por entre mozos que desnudó tu infancia,
toallas sanitarias, espejos rotos, gatos negros,
zumbidos que ensanchan hasta el infinito
el infierno negro de tus párpados cerrados,
fantasmas quejumbrosos y modestos
en cuya frente brillan los chirridos
y ciudades superpuestas en la sombra helada
llenas de malicia y de sangre.

Quisiera yo que en esta charla rayada de símbolos
se te diera el mayor tesoro,
el mismo tesoro que acumulé en una larga
y corta vida de éxtasis y desengaño;
el tesoro que escondí del malo y la codicia,
del voluptuoso, del sabio, del cantor a secas, del rico,
del pirata, del sacerdote, del poderoso,
del hombre de la vida
y las *mozas del partido*.
Quisiera yo romper los tirantes lindes,
el duro cerco de palabras
que me separa de tu ser amado
y me condena a pasar a solas la larga y oscura
noche de mi espera atormentada.
Que escucharas con atención y pusieras todos tus sentidos;
que en lo alto el cielo confirmara su belleza
y tú pusieras el alma a ras del silencio de esos muertos,
a nivel de su atención sin mancha.
Mas sé que es imposible llegarle con discursos
al mismo corazón.
Sé que es inútil la palabra
si el que escucha no se ha limpiado antes
de toda alegría y llanto.
Si no ha renunciado al dolor
y a la congoja,
al placer risible de la sombra
y al gusto amargo de la danza y la canción.
Si aún espera de los números la respuesta,
del olvido la paz,
y de la noche el sueño.

Tal vez he llorado un poco de tristeza.
La muerte me ha abierto todos sus secretos,
todas las puertas que le cerró a la ciencia
y a la bruja,
y el corazón me pesa de tanto que se me va perdiendo
con las sombras de esta noche que se nos viene encima.
Estoy sereno: las horas del aullido y del crujir de dientes
se han ido para siempre.
Estoy dispuesto a cualquier extremo,
la mirada fija en las simas reveladas.
valiente el pecho y el rostro erguido.
Estoy dispuesto a afrontarlo todo
y a decir un SÍ grandioso a todas las formas
que vuelvan a la luz desde el vacío.
En el confín del viento el caracol me espera
y las manos me tiemblan de impaciencia;
pero me siento melancólico, lleno de renunciación
y desesperanza por esta paz que no he buscado;
por estas tumbas que se alzan en mi vida,
por esas nubes llenas de parientes idos,
y por Lulú, la tía abuela de los ojos duros
que tomaba ginebra con gotas amargas para aliviarse la
sordera;
y por Tomás, el de las minas de oro y el bigote recortado,
y por el tío Juan, viejo y nostálgico, de dedos amarillos,
y tantos tantos que me ahogo de silencio
y las lágrimas me suben a los ojos,
y recuesto la cabeza en tus muslos maternas,
en tanto Edipo me hace guiños maliciosos,
relámpagos azulados
que suben desde el fondo del abismo
que cercan mis párpados cerrados.
Frente a la muerte sólo morir se cabe,
sólo el recogimiento nos dará su clima desmedido y cruel.

Perchance to dream; mas no habrá sueño que nos valga
“en ese sueño de la muerte” del pobre Shakespeare;
no habrá visión que nos devuelva el ojo
a sus delicadas superficies ni a sus honduras plenas;
ni senos que nos lastimen lo bastante hondo
para darte al corazón la sombra de un latido.
Al sexo se lo tragará la tierra.

Y sólo del calor que los otros sientan en la noche,
del calor que recogerán del aire,
del calor del alma y del calor del cuerpo del que hablaba,
volveremos a estar en el reino dulce de las cosas,
en el reino dulce de los celos y del cambio
y en la belleza impura de las islas y del verso.

Por eso, dame la mano, y callemos la esperanza
y los temores viscerales, húmedos y oscuros.
Dame la mano, la mano cálida y fina
ya señalada por la noche,
Callemos la sencillez meridiana del misterio.
Dejemos a las gentes en su temblor mortal;
dejemos que hablen de la nada, de hogueras infernales,
de almas en pena,
de castigos tomados por la eternidad al tiempo,
del crujir de dientes,
de la resurrección de la carne,
del premio celestial al bueno y al sumiso,
del juicio final,
y también a los otros, a los de la reencarnación,
y a los sabios que dicen que todo se acaba con la vida.

Frente a la muerte sólo morirse cabe,
y al muerto sólo le queda

gozar su muerte en paz.
Sólo le toca hartarse de su muerte
por toda la eternidad,
sin interferencias, sin testigos
ajenos a la muerte,
sin oraciones de dudosa eficacia,
sin crespones negros, sin novenarios,
sin tazas de café y sin coronas insultantes.
Frente a la muerte sólo morir se cabe,
sólo el recogimiento nos dará su clima desmedido y cruel.

¿Y los que vuelven a la vida?
¿Los que vuelven a la vida y encuentran
su alcoba ocupada por extraños,
y que el hermano menor le usa los zapatos,
y que a la novia le ha vuelto el color a las mejillas?
Ya su sustancia se le ha restado del mundo cotidiano,
y la sombra del árbol
y los jardines blancos no se conforman a su presencia,
y habrá de sentirse rechazado delicadamente por las cosas
y por las parejas que se estrujan en la noche.
Estoy de más, se dice abrumado de nostalgia,
estoy de más, estoy de más.
Y volverá de puntillas al panteón,
y en tanto, otros huesos ocupan ya su tumba
y otro muerto se alza entre él y el silencio
que es la verdadera esencia de este mundo y de los otros.
Ahora sí que estoy solo, pensará, ahora sí que estoy solo,
solo en la vida y en la muerte.
Y arrebujiándose de sombras sin sentido,
se dejará tragar por el frío insondable de la noche.

Por eso, dame tu mano y callemos
las visiones que se acercan desventradas.

Frente a la muerte sólo morir se cabe.
No debemos resistirnos al impacto terrible.
Déjate arrebatado por el silencio
y lo demás se te dará por graciosa añadidura.

Dame la mano y callemos.
las promesas que se ensañan en nosotros.
Démosle un adiós grave y melancólico
a estas cruces, a estas tumbas,
a este cementerio situado en las afueras del pueblo,
a la orilla del mar como un puerto de extravío.

Dame tu mano y vámonos,
vámonos al pueblo, a tu casa, al calor de mis muertos,
a copular al amparo de la noche,
del silencio, del olvido y del miedo.

Bocas del Toro, julio de 1952

Encuentro

Octubre habrá encendido cien hogueras
para alumbrar tus pasos en la arena
y señalarme el sitio en que me esperas
pensando acaso si valdrá la pena.

La noche aquella (como si se hubiera
partido un eslabón en la cadena)
no ha cambiado: parece que luciera
el mismo firmamento de azucena.

Memoria rebosante de sucesos
y mil y una ocasión desperdiciadas.
Doblado enteramente por el peso

de los años, pensar que el tiempo es nada,
que es río con declive de regreso
y brisa eternamente renovada.

Recuerdo

Trepada a un árbol de cabeza cana
en Zegla, a orillas del Teribe, un día
(mil novecientos treinta y seis) veías
desfilan la corriente heraclitana.

Con las enaguas rojas de tu hermana
el tiempo por lo bajo discurría
-Y el agua es clara y fresca me decías-,
y lenta y dulce ha sido la semana.

·
Feliz, serenamente grave, atento
miraba lo que me ibas señalando
con un dedo meñique adolescente:

-Bajo esas hojas que sacude el viento,
una guabina –estabas explicando-
¡y mira: un dios ahogado en la corriente!

Presentación de la Tulvieja

Pero si es muy sencillo:
avanza ciegamente en la neblina
tanteando su terreno
con un tosco bastón de gasparillo,
hincando huellas de águila en el cieno
horrendo en que camina.
Silencio: no hagas ruido,
aguza los oídos,
escucha su silbido
de pájaro asustado
-sauce llorón mesándose el cabello-
buscando en la corriente aquel destello
que fulguró en los ojos del ahogado.

Gran cabanga con una pequeña venganza

Estoy comiendo un cabangón rancio.
Y duro como una suela de zapato.

Me muero por tocar de nuevo
tus muslos de tinaja, cholita linda.
Y por volver a oír el firme taconeo
sobre la acera
que solía llenar de rostros
los huecos de todas las ventanas.
Y por sentir celos
y deseos.
Y odiar la legión de mis rivales.

Daría los años que me quedan por un endecasílabo
que (en aquel entonces)
estallara en tus delirios
como una cascada de reproches.

Memento

Cautiva imagen, entre dos espejos,
mirando prolongarse al infinito
el rostro de un desconocido, un viejo
de ojos tristes y párpados marchitos.

La mano, puro huesos y pellejo,
vuela a la boca para ahogar un grito,
eslabonando secos morabitos
que avanzan a medida que me alejo.

Vertiginoso, móvil palimpsesto
de lívidos ancianos repetidos
-arrugas, queratosis, piel cetrina-

petrificados en el mismo gesto
del que de pronto se ha reconocido
en el extraño que dobló la esquina.

De madrugada

Un portazo, tal vez,
para que el poeta se despierte, así, de golpe,
y se siente en la cama
sobrecogido,
sudando frío.

Un portazo, sin duda alguna.

Galope de caballos desbocados en el pecho.

También:
aire cargado de maldiciones
a duras penas contenidas.
Un índice amenazando.
Dos seres que se odian
frente a frente en la tiniebla.

No imagines cosas.
Estás nervioso.
Miedo.
Miedo a la oscuridad,
a los cacos,
al endurecimiento de las arterias,
a la gota de agua en la bañera,
a los perros que ladran en Halt Over,
a las imprecaciones de un borracho,
a los mozos que en cualquier momento
vendrán a traerle una serenata a tu vecina.

A Tadeo Brown

*"...para arropar sus sueños
bajo tierra..."* Korsi

Esta noche sentí tu frío de patriarca
en mis huesos.
Un barco negrero anclado en la bahía.

Cuídate mucho, varón ilustre.
Arrópate bien con tu mortaja.
Y que te acune, con su vaivén de hamaca,
la marca.

A Garza (para un espejismo al revés)

Hermano Garza: algún día escampará

El agua se irá filtrando

de

capa

en

capa

hasta perderse bajo las raíces mismas

de esos cactus que crizan tus nostálgicas visiones.

Retrato

Mi bisabuelo, o mi tatarabuelo
paterno, el de la tétrica sonrisa,
contrabandista audaz, varón de pelo
en pecho y luengas barbas de ceniza.

Distante, altivo, frío como el hielo,
no quiso a nadie por vivir de prisa:
lo vieron los océanos y los cielos
pasar como una ráfaga de brisa.

Mi bisabuela, o mi tatarabuela,
mujer de mar, mulata retrechera
y arisca, llamarada de canela

radiante, puso fin a su carrera
-es la pura verdad, aunque me duela-
con el temblor letal de sus caderas.

Nostalgia y miedo

Ayer pasé frente al solar vacío
donde hace tiempo estuvo nuestra casa.
¡Sentí una cabanga!

y miedo
de que por aquel espacio en blanco
una noche de éstas se fuese
el resto de la aldea.

Cabanga

El tornado arrancó de cuajo la decoración,
y ya nadie baila el *rungús*,
torpe
pero sumisa
Gwendolyn.
Gwendolyn de los callejones
y las escaleras.
Gwendolyn bajo el *mango tree*
Gwendolyn con su lengua de *ackee*
lamiendo,
alisando
mis arrugas,
tiñéndome las canas;
aliviándome el lumbago con sus manitas tibias
como guijarros al sol;
y sus senos aromáticos, balsámicos;
y su pubis de ortiga;
y su pumpum
para jugar a caerme en sueños,
al *Latá*,
al *one-two-three*
all the time I knew where yow been,
one-two-three-salga de ahí,
al no-sipibilit
y a otro juego, cuyo nombre
tengo en la punta de la lengua.

Pearlie

"in a kingdom by the sea..." Poe

Todos la amábamos exactamente del mismo modo
y ella estaba enamorada del grupo todo
y de cada uno de nosotros en particular.

En un paraíso junto al mar.

Si me veía
cabizbajo un día,
pegaba su mejilla,
fresca como el agua de lluvia, a la mía,
y acariciándome la nuca con la punta de sus dedos,
espantaba
aquel pesar sin fondo y sin orillas
que ya entonces me acosaba.
Y lo mismo hacía
con todos, desde el primero
hasta el último compañero.
De manera,
que en nosotros
la tristeza
era cosa pasajera.
Y nadie sentía celos de los otros.
Y todos habríamos sido eternamente
felices, para siempre adolescentes,
si el tiempo no se hubiese embalado
locamente,
y ella no hubiese resuelto sentar cabeza,
y las nuestras no se hubieran llenado

de canas
y ambiciones,
de absurdas fantasías
y de ilusiones
vanas.

Si no hubiésemos saltado
al mundo adulto, y perdido
la acuidad de los sentidos.
Estruendo y resplandor. Ciego, sordo,
en vano me ofrecías
el paraíso en tu expendio
de inocentes alegrías.

Y yo no hubiera partido
un día en el barco aquel con su naufragio abordo.
Atrás quedaba, para siempre, el caserío
empotrado en la ondulante falda de un incendio.
Por favor, no me digas
que desde el balcón donde amamantabas a tu crío
(acariciándole la nuca con dedos de oro
cargados de electricidad), querida amiga,
ansiosamente
no seguiste –con ojos que aún añoro-
la silueta humeante, mientras trabajosamente
descifraba el laberinto de canales,
erizados de corales
belicosos, que bloquean la entrada a la bahía
y al más luminoso misterio de tu vida y de la mía.

Galería

Que viva en la memoria mía
y fuera de ella
eternamente

McKling, el carretonero.

Durante la semana: bloques de hielo, sacos de carbón
(carbón soñando con su destino de rubí o de cenizas),
montañas de zarzaparrilla,
mugrienta camiseta.

Descalzo. Bigotes con puntas doblegadas
por la Ley de Gravedad.

Un metro cincuenta de estatura.

Fuerte, como el caballo nalgón que era su socio.

El caballo: los domingos desaparecía a galopar
príncipes encantados
que derrotan el mal a besos. A veces.

Los domingos de McKling: botines de charol,
frac perfecto, impecable, respetado reverentemente
por sólo Dios sabe cuántas generaciones de polillas.

Guantes blancos, blanquísimos,
animados por un temblor de brisa
o de gaviota a punto de remontar el vuelo.

Chistera-rascacielos.

Las guías del bigote apuntaban temerariamente
al cenit,

como si invisibles guerreros con cascos en punta
desfilaran interminablemente frente a él.

No había pájaro que se atreviera a volarle encima,

ni lluvia que nos valiera,
ni viento que no se parase en seco
ni ojo que no lo viera.

Que viva en la memoria mía
y fuera de ella
eternamente
McKling, el carretonero.

La espera

¡Ah!, despegar la oreja de la almohada,
que el corazón ahogara sus latidos
(fragor de estetoscopio en tus oídos),
permanecer atento a la llamada.

No tardará en la insomne madrugada,
aleteando en el aire enrarecido,
la voz que se desgaja del olvido
o que una mano exprime de la nada.

Es un mensaje (no te lo imaginas)
de felicitación o de condena
(sutil caricia, ruda bofetada).

Pendiente de la brisa matutina,
que nadie te distraiga por si suena
con despegar la oreja de la almohada.

Rayo de cordura

Farol quisiera ser en noche oscura,
entre Avenida "G" y Calle Tercera,
para ver al fantasma de quien era
hacerle un ágil quite a la locura.

Halo de insectos, láser de basura
ardiendo en la penumbra callejera,
quisiera comprender por fin, quisiera
captar al vuelo el rayo de cordura.

¿Mostrome aquel relámpago de hielo
el hoyo negro al fondo de mi cielo
(atroz succión de estrella comprimida)?

Farol, espectador, actor, fanteche,
¿qué fue lo que en verdad pasó esa noche
entre la calle oscura y la avenida?

Los peligros del faro fantasma

¿Recuerdas la canoa sin remero
y aquel batir sus alas de falena
y aquel sonido sordo de cadenas
y el roce de oxidados chumaceros?

¿A dónde irá el difunto marinero,
¡tan tarde ya!, con su barcaza llena,
de bote en bote, de ánimas en pena
y fantasmas de torvos bucaneros?

Protégelo del faro que extravía
a quienes se aventuran mar afuera.
Que no lo engañe el resplandor remoto,

no vaya a ser que lo intercepte el día,
o lo sorprendan lanchas patrulleras
sin zarpe ni licencia de piloto.

Greasy man

En noches negras, repentinamente
salía donde menos lo esperabas:
resbaladiza sombra, te rozaba
la punta de los senos dulcemente

con dedos intangibles, inocentes.
Y una descarga eléctrica rayaba
tu cuerpo y mi desvelo. El se esfumaba
como surgía, misteriosamente.

Que Dios bondadoso haya perdonado
por fin al pobre espectro descarriado
que siguió sucumbiendo a tentaciones

del siglo. Y que perdone a este celoso,
que nunca se tragó lo del grasoso
palpándote en oscuros callejones.

La dama oscura

“Mad slanderers by mad ear’s belived”

.....
*“If snow be white, why then her breasts are dun
If hairs be wires, black wires grow on her head”*

.....
“Then will I swear beauty herself is black”

.....
“But now is black beauty’s succesive heir”

.....
“Thy black is fairest in muy judgement”

.....
Shakespeare “Sonnets”

Dicen que era no sé quién.

Dicen que dizque era un aristócrata italiana,
cuya casa un vecino chismoso te vio abandonando
sigilosamente

a altas horas de la noche.

Pero tú y yo sabemos la verdad.

Conocemos de memoria la disposición exacta de cada
mueble,

arista

y rodapié.

In fact,

a tientas y en puntillas somos capaces de localizar
la cama donde ella nos aguarda bostezando.

Nuestras manos están bien familiarizadas con la camisa
basta

y la interminable sucesión de enaguas y corpiños
que la protegen de lo que fue en una aldea de chozas
puntiagudas
que nunca ha dejado de añorar.
Nuestros dedos son ágiles,
y ya desatamos la liana, milagrosamente conservada,
que asegura el taparrabos.
¡Con cuánta delicadeza y reverencia lo recogemos del piso,
y vamos a colgarlo (alisándolo cuidadosamente)
sobre el espaldar de la silla!

Y entonces sí.

Entonces sí que nos aplicamos a acariciar
los alambres rígidamente enroscados
en su cabeza de Medusa,
y sus pechos tan parecidos a la casa donde vino al mundo
para dulcificar nuestra fatiga de furtivos venadores
confinados en este espectral bastión de la neblina.

Y entonces sí.

Y entonces sí
que en la penumbra brilla su cuerpo de pantera.
Y entonces sí que al besar el triángulo de Bermuda,
oímos un apagado, lejano tronar de tambores,
que en la noche de tu alma y en la noche de su cuerpo
transmiten la buena nueva a las aldeas más distantes,
y se regocijan las mujeres en torno a su fogones;
y la tribu rival llama en consulta urgente
a su Consejo de Ancianos;
y se mueren de envidia los guerreros más apuestos y
feroces;
y de un plumazo tachas todas las alondras que en el mundo
han sido.

¿Qué hemos hecho para ser dignos de ella?
Hablando francamente: no eres gran cosa,
con tu calvicie terminal y mi principio de gota.
Nunca fuimos diestros ni con la capa, ni con la espada.
Actor mediocre que a veces olvida sus parlamentos,
¿qué pudo ver en ti ELLA
concebida en la mejor de las lunas,
en esa noche única entre todas las noches,
cuando el anillo de Capricornio se afloja
dejando libre a Venus, que como un aerolito inextinguible
atraviesa todas las constelaciones
para instalarse en la Novena Casa
y encender, en el centro mismo de la Sala,
una hoguera de esmeralda.

Y mientras tanto,
mientras disfrutamos de este regalo inmerecido,
en las habitaciones superiores duerme el sueño de Lucrecia
(inocente de lo que ocurre en la pieza del sótano)
la dueña de casa,
su amita,
la italiana a quien, andando el tiempo,
cruditos distraídos
levantarían una calumnia tan monstruosa.

En la noche del 19 de agosto de 1976

Llegué a Nueva York en abril de 1975.
Apenas si me había acomodado en el taxi
que me llevaría del aeropuerto a la ciudad,
cuando sentí que se abría la puerta silenciosamente
y te sentabas a mi lado.
Tenía muchos años de no pensar en ti
y debo de haber hecho un gesto de sorpresa.
que tú seguramente interpretaste mal,
porque, con una humildad que me partió el alma,
te fuiste deslizado imperceptiblemente
hacia el extremo opuesto del asiento,
procurando no estorbar;
y apoyaste las manos en las rodillas,
y pegaste la frente al cristal de la ventana.
Yo me limité a seguir la dirección de tu mirada
y a ver cómo tus ojos reducían imágenes deslumbrantes
a su emoción original,
cuya aterradora fuente, en la niebla enrojecida,
fluía mansamente oscureciendo y encendiendo
alternativamente
chopos y sotacaballos
olivos y guarumos.

Y no salíamos de tu asombro.

Y ya no me abandonaste más.
Durante cuatro días con sus noches me acompañaste a
todas
partes,
temeroso de que yo no fuese a advertir

la secreta armonía de la ciudad:
la sutil correspondencia entre galán, farol, tinaco y muro,
las corrientes invisibles.
Una ventana. Y una muchacha acodada a la ventana.
Y seguíamos de largo.
De pronto, dándome una palmada en la frente, recordaba,
y entonces, imperceptiblemente
disminuía el paso a fin de que pudieras darme alcance.
A veces, tomándome imperiosamente del brazo
me empujabas al Bronx,
a Harlem, a River Side Drive, en una nostálgica
peregrinación
que me dejaba exhausto.
Visiones ajenas
durante cuatro noches se agitaron en mis sueños:
desde el odio por estrenar de un niño sin rostro
hasta el Guadalquivir desembocando enloquecido en el
Caribe.

Jamás olvidaré nuestra despedida
en la Estación de Pennsylvania:
mis lágrimas, y tu mano que voló al bolsillo de tu chaqueta
para ofrecerme un pañuelo que no se materializó, pero que
luego,
mientras se alejaba el tren,
sentí agitarse largamente en el aire
hasta perderlo de vista en la niebla matutina.

Esta noche, entre todas las noches,
quisiera corresponder tus atenciones.
Esperar contigo, sentados en el suelo, en un rincón oscuro,
a que vengan a buscarte.

¡Tenemos tantas cosas que contarnos!

No temas: yo iré contigo en el camión,
sosteniendo entre las mías tus manos maniatadas,
y consolando en voz alta a los dos banderilleros,
cuyas muertes, vistosas y dignas, les van a ser arrebatadas.
Y cuando llegue la hora, juntaremos nuestros miedos
para oponerle a los verdugos tu rostro más sereno.

Después.

Ya lo sabes: El Valle:

Yo, que lo conozco como la palma de tu mano, seré tu guía.
Iré infundiéndote ánimos por el camino
hasta dejarte a las puertas mismas
del reino que nos tienen prometido.
Y permaneceré afuera, al alcance de tu voz y tus oídos
hasta que tus ojos se hayan acostumbrado
a la cegadora claridad.

Ars Moriendi

El hombre que al morir recuerda cosas,
cositas, sombras de cositas, flores
en celo, deslumbrantes mariposas
y un mar azul listado de verdores;

y rosas y rodillas espinosas
y muslos entreabiertos a colores,
se muere de la muerte más hermosa
y vuela a un paraíso de pintores.

En cambio, aquel que invoca esplendorosas
ciudadelas guardadas por cuestores
feroces, y utopías luminosas,

lo mandan a un infierno de oradores
o lleno de estreñidos pensadores,
todos de una elocuencia pavorosa.

New approach

¿Figuro yo en el inventario helado
de tus nostalgias? No me dejes fuera,
mi amor, del archipiélago añorado,
ni del invierno hincado en sus riberas.

Para poder vivir lo recordado
el tiempo se ha devuelto en la escollera;
y yo recorro el pueblo, desvelado,
y tú cuentas mis pasos en la acera.

¿Lo ves? El sol sin nubes ha incendiado
tus pechos bajo el agua del pasado
-todo es de nuevo como entonces era-.

Cautivo de un instante, yo quisiera
tocar, arder en el fulgor dorado,
abrazarme llorando a tus caderas.

Viene de Lejos

Precauciones

Para que no se me vaya a levantar del diván
en que me recuesto a dormirar la siesta,
digo en voz alta la fecha de mi nacimiento
y la probable fecha de mi muerte.

Para que no se me incorpore
y se dirija en puntillas a la puerta,
y la abra y la cierre sin hacer ruido,
y se aleje calle abajo, noche arriba,
con mis veinte años a cuestas
rumbo al barrio hoy irreconocible,
y vaya a extraviárseme
buscando una cantina que ya no existe,
o se recueste a un farol, muerto de miedo,
y parpadee cegado por los letreros luminosos,
creyendo reconocer en cada muchacha
que pasa del brazo de su novio
a la que una noche dobló para siempre aquella esquina
(cómo te hubiera gustado, entonces, ser un cantor de tangos
de bufanda blanca y sombrero alado,
y que en ese preciso instante,
en la banda sonora que orla nuestra vida
una orquesta invisible
rompiese a tocar la introducción de ``Barrio Reco").

Por esa callejuela no,
que va a dar a pensiones hace tiempo demolidas,
a la penumbra del viejo zaguán
donde una noche
fumaste diecisiete cigarrillos.

Vuelve,
vuelve a la relativa seguridad del diván,
a toser todos los cigarrillos de aquella noche,
a navegar por un turbulento lecho de ateromas,
encajonado por orillas de picachos invertidos,
oyendo desbarrar la barra que truena improprios,
nombres, fechas y aletazos.

El chivato

Lo vi una noche cuando se perdía
entre desmelenados rastros
atravesando espejos fantasmales,
y un gato se erizó en el alma mía.

Lo vi un instante, mientras se encogía
para evitar la lluvia de cristales,
y uñas de azogue bidimensionales,
maullidos al revés que nadie oía.

Sus ojos, ya meteoros en ceniza,
en mi insomnio encendieron una hoguera
refleja: inextinguible, abrasadora.

Millares de Descartes (con camisa
bermeja, gasolina en las mangueras),
atizan el incendio hasta la aurora.

El cura sin cabeza

Diré cómo era el cura sin cabeza
que vi una noche al pie de mi ventana,
cuando daba una vuelta a la manzana,
bordeando el tajamar, reza que reza:

pechicaído, triste (con tristeza
de cura sin cabeza y sin solana);
flotando a un pie del suelo la sotana
de fósforo, raída de pobreza.

Ya todos te olvidaron: invisible
espectro por faroles consumido,
no estás ni en el infierno ni en la gloria.

¡Silencio!, no hagas ruidos tan horribles,
que todos en el pueblo se han dormido
y sólo tiembla un niño en mi memoria.

El buque fantasma

Con ojos de vigía, hechos para penetrar la noche,
quise ver, por última vez, tu rostro
de entonces,
cuando los dos éramos adolescentes silenciosos
cohibidos por mi timidez y tu belleza.

De pronto, como si se hubieran incendiado las tinieblas,
lo vi.

Era más hermoso y más terrible
de lo que decían los pescadores (en general tan exagerados)
y más grande, y más alto, y más marinero.

Y más veloz:

se cimbreaaba, con gracia de bailarina,
para mejor recibir el viento que hinchaba su velamen.

Y fue creciendo a velocidad de sueño
y el resplandor se hizo más intenso
hasta vaciar de todo misterio la oscuridad.

Deslumbrado,
no alcancé a distinguir la silueta de quien iluminaba,
con relámpagos y blasfemias, el puente de mando.

Aquel prodigio no podía prolongarse sin poner en peligro
la estabilidad del archipiélago, siempre tan precaria.

Y por fortuna, muy pronto
la nao retornó a las sombras que la habían vomitado,
dejando una estela fosforescente
que flotó un instante sobre las olas

(como si desde la popa
manos invisibles les hubieran arrojado
guirnaldas de cocuyos), a la que se aferraron
con desesperación de ahogado.
Pero no podían retenerla, y por último
la dejaron hundirse lentamente en el mar.

Y se hizo de nuevo la noche,
la embrujada noche de las islas.

De puro agradecido, recé una plegaria
por el alma del *holandés errante*,
condenado por toda la eternidad
a doblar el Cabo de Buena Esperanza,
y a equivocarse de océanos,
y a sortear arrecifes de puertos inexistentes
maldiciendo, siempre maldiciendo,
al Señor de sus mayores.

Entonces le rogué a mi Dios
que lo perdonara y que le permitiese
fondear definitivamente en la bahía con que sueñan
los marineros de todos los navíos fantasmales.

¿Qué pasó realmente en Jaboc?

*“Así se quedó Jacob solo; y luchó
con él un varón hasta que rayaba el
alba;*

*y cuando el varón vio que no podía
con él, tocó en el sitio del encaje
de su muslo, y se descoyuntó
el muslo de Jacob”.*

Génesis 32: 24-25

¿Por qué me atacaste a mí, precisamente a mí?

¿Creías poder apuntarte una victoria fácil?

¿No sabías acaso que no soy ningún novato?

Ya desde el vientre de mi madre

me entrenaba día y noche intercambiando puñetazos con
Esaú

o patadas voladoras tan violentas,

que doblaban de dolor a la pobre Rebeca.

Cuando llegó la hora,

él, adelgazándose astutamente

se colocó en posición de nacer;

y yo, temiendo que me dejaran atrás,

boyando en el charco amniótico,

asido al calcañar de Esaú

me dejé arrastrar por él fuera del tinglado prenatal.

De ese modo -porque desde entonces ya era un tramposo-
vine al mundo.

El resto es historia antigua.

Mi vida fue una sucesión de fugas:
de mi hermano;
de *Labán arameo*, mi tío materno, padre de Raquel
y ¡ay! también de Lea.

Una noche me escapé con mis ganados y familia,
e iniciamos el camino de regreso al añorado pegujal,
dispuesto yo a enfrentar la venganza de Esaú,
quien en un raptó de ira prometió estrangularme
con sus propias manos de cabrito
por haberle birlado la primogenitura.

Y cuando hubieron pasado mis hijos y mujeres
el vado de Jaboc,
yo permanecí solo
en esta orilla.

¿Por qué? ¿Estaba en ánimo belicoso?

¿Era una temeraria provocación?

Lo único cierto es que yo estaba desprevenido
cuando me atacaste.

Y luchamos y nos dimos duro

hasta que el cielo se puso negro negro

y cerraron sus ventanas todas las estrellas.

(¿Quién eres?, te preguntaba una y otra vez agarrándote
por el pescuezo, ¿cómo te llamas?).

Yo estaba tan agotado, que te propuse una tregua;

pero tú insistías en proseguir el combate

hasta que uno de los dos dejara ahí la vida.

Cuando por fin comprendiste que no podías conmigo,
que jamás me vencerías en una pelea limpia,
me tocaste “en el sitio del encaje del muslo”.

Luego, inexplicablemente, me cambiaste el nombre
-el hermoso nombre que me pusieron mis padres-
por el de Israel ["el que lucha con Dios"];
y yo bauticé el lugar del encuentro
Laniel ["El rostro de Dios"],
a fin de que todos supieran contra quién me había batido,
y a quién vencí, y quién, al sentirse ya perdido,
y ver que la luz ondulaba hacia nosotros
sobre las dunas,
amenazando con dejar al descubierto
sus facciones inefables,
me descoyuntó el muslo
dejándome cojo por el resto de mis días.

Ultimátum de Zeus

Para desintrincarme de los brazos
que me estrangulan –rubia enredadera-
de Calipso, implacable carcelera,
quisiera ver hoy, en el cañamazo

donde se borda mi destino, el trazo
firme del mensajero o mensajera
con la orden perentoria: o me libera
o hará saltar su bastión en mil pedazos.

Cautivo de su sexo y de sus pechos,
embrutecido de placer, yacía;
aunque a veces, durmiendo al lado de ella,

soñaba con Itaca y otro lecho
(y Penélope en él se consumía
con mi recuerdo, inútilmente bella).

Incidente en el Morazán

A la memoria de Carlos Martínez Rivas

Carlos,
anoche fui a esperarte al Morazán.
Me habías citado por teléfono
para leerme unos versos del mejor poeta del mundo,
que inesperadamente te había saltado a la cara
como un gato enloquecido,
cuando volvías las páginas amarillentas
de un viejo *Repertorio Americano*.
Querías asegurarte personalmente
de que yo no dejara pasar de largo aquel aerolito
que al caer
incendió el Mar de los Sargazos.
“Porque te conozco bien, y sé que sos muy distraído”.

Mientras marchaba con paso firme a mi destino
traté de sacar la cuenta de las veces
que habías descubierto al mejor poeta del mundo.
Avancé por el centro del parque,
meditando también en la paradoja
de los pueblos que matan a sus grandes hombres
y luego les erigen estatuas en el sitio exacto -o aproximado-
donde cayeron.
De pronto me tomaron imperiosamente del brazo.
Creí que eras tú,
recitado por la sombra de los árboles y la noche sin luna.
Pero no; era Morazán, que quería explicarme bien
cómo fueron en realidad las cosas.

Mas yo tenía tanta prisa,
que lo dejé plantado frente a su propia estatua,
tal vez furioso porque no se le parecía,
o porque el escultor no fue capaz
de rematar con una corona radiata
su hermosa cabellera de bronce.
Lo dejé contemplándose, pensativamente,
y me le perdí por senderillos que yo me sabía de memoria,
pero él no.

Y fui a sentarme al banco-Narciso que se mira,
y admira, fijamente,
en el estanque
patinado por unos cisnes venidos a menos,
sucios del orín que les llueve sin cesar
del Edificio Metálico.
Debía presentar un aspecto ofensivo desde lejos:
adolescente solitario cavilando en los misterios de la vida,
o esperando el poema ajeno
que ha de aclarárselos de una vez por todas.
O a lo mejor no.
Llegamos a conocernos tan bien,
que yo hubiera apostado cualquier cosa
(mi juventud, por ejemplo),
a que cuando terminarás de recitar,
y se hubiese apagado
la adormecedora cadencia del yámbico,
dejarías caer, en la represada quietud de la hora,
el fallo inapelable:
"La verdad es que no es tan bueno
como me pareció al principio".

Pero pasaban los minutos, pasó una hora
y nada.

Mientras tanto, yo sentía una mirada de odio en la nuca.

A alguien lo sacaba de quicio ver a un mozo de 18 años
sentado en un extremo del banco,

esperando a otro poeta adolescente.

Alguien se indignó porque yo desentonaba del Edificio Me-
tálico,

de los cisnes oxidados.

Del mismo Morazán. O de su estatua.

Y de las balas que, en fila india, todavía lo andan buscando
por los secretos pasadizos del tiempo.

No le gustaba ver a un joven,

agobiado por el peso de los años,

sosteniendo un bastón entre las manos arrugadas,

cubiertas de pecas ominosas.

Como si yo hubiera usurpado un espacio ajeno,

y Carlos no pudiese ser amigo de un anciano.

De pronto sentí tus pasos, el suave chirrido

de tus zapatos amarillos; me pareció oírte

llorar, en melodiosos endecasílabos,

la muerte de Carole Lombard,

o silbar suavemente el *blues* de Saint Louis.

Pero el eco

no recogía y pregonaba esos sonidos:

más bien parecía apagarlos y absorberlos

como una alfombra de algodón entre paredes de corcho.

Porque el eco fue hecho para repetir

la última sílaba de las palabras

que les gritan los vivos.

Es sordomudo para las quejas de los muertos,

y para la voz cascada de los viejos.
Y no nos permitió salvar el abismo
de los cincuenta y ocho años que nos separan de 1942,
para que tú recitaras, con un éxtasis que poco a poco
iba apagando la desilusión,
un treno del mejor poeta del mundo:
"La verdad es que no es tan bueno".

Mas lo que había tomado por tus pasos
o por tu elegía a Carole Lombard
o por el *blues* de Saint Louis,
acaso no fue más que el bufido
de la pequeña tortuga, dormida
en el fondo del estanque de los cisnes, cada vez que
emergía
a la superficie a respirar,
o suspirar
por las aguas transparentes
y los jugosos pastos submarinos
en los que fue raptada
por los expertos en secuestros y ejecuciones.
O tal vez eran los aleteos del dios rijoso
tratando de romper los barrotes de su prisión viviente.

En el ínterin, el parque se había ido llenando de voces
rípidas,
de extraños malencarados,
a quienes evidentemente irritaba mi presencia
y la invocación de los muertos.
Corría 1999 (no 1942) a sumergirse en un nuevo siglo
y en un nuevo milenio.
Ya no tenemos 18 años de edad, Carlos; yo soy un viejo

achacoso

y tú estás muerto. Eres un muerto reciente,
pero muerto al fin.

Y a los que hoy frecuentan el Parque Morazán
no les interesa la poesía, y los yámbicos los dejan tan fríos
como el viento que ha venido a instalarse
en el sitio que te había reservado
en nuestro banco predilecto.

Me incorporé con mucha dificultad,
apoyándome en el bastón de *nazareno*,
y volví al presente, un presente que muy pronto será pasado
y después olvido.

San José, 20 de diciembre de 1999

Hora de la verdad

¿Serías capaz de encontrar tú solo, sin mi ayuda,
el sitio donde ella te sedujo una fresca mañana
de mil novecientos treinta y ocho?
Fue a la sombra del sotacaballos anfibio,
que, con la raíces remangadas, mira fluir el Changuinola
como buscando algo
(muchas veces lo he visto hundir sus ramas en el agua
y sacarlas recamadas de cianofícias relucientes).

Si no eres capaz, si has olvidado el lugar exacto
en el espacio y en el tiempo,
yo iré delante
abriéndote una trocha,
partiendo ramas y escobillas,
dejándote señales secretas
en los troncos
para que no te vayas a perder.

¿Puedes o no puedes
Hegar solo, con el corazón en la boca,
las corvas dobladas de ansiedad,
al sitio donde ella --Deméter rediviva-
prometió -hace sesenta y dos años- esperarte
con los muslos de barro entreabiertos,
el universo entero jadeando en tus oídos?

Recuerda hacer un alto en el guarumo;
allí la pica se bifurca:
dobla a la izquierda, avanza por la que conduce al río

y al pasado,
y a sus senos descomunales
torneados amorosamente
para alimentar a toda su descendencia
hasta la quinta generación.

Vas
a
caer
en
el
vacío.

Procura que nadie los vea:
la hermana de ella puede irle con el cuento al papá
(un hombre todo músculo y fuerza y malas pulgas
y una temible escopeta de regadera).

Sé que no puedes más de nostalgia.
Echate, pues, la mochila al hombro,
y vamos a buscar a la mujer
destinada a vivir el resto de tus días,
como una precarista,
acuellada en la memoria tuya y en la mía.

Lucía calipédica

Bras fácil y al mismo tiempo pura,
dulce y casta doncella, fértil diosa,
incubadora de ángeles jocundos
y de un ángel azul de rostro fiero.
A tientas busco por la senda oscura,
entre ortigas y zarzas espinosas,
la cueva de ginénculos fecundos
prestos a recibir los mensajeros
que he disparado en todas direcciones,
a decenas y cientos de millones,
descando que rompa la vitelina
un homúnculo armado caballero.

Pero en la dulce noche campesina,
subrayada por rectas sementeras,
tu vientre se ha negado a recibirlos,
y a darles un refugio, y a cubrirlos
con tu cálida sangre placentera.
No es mucho tiempo: apenas nueve meses
y al sol de marzo granarán las mieses.
Mas tú, impaciente, acaso temerosa
de lo que portan genes elegidos
no cuidadosamente por la diosa,
sino por una suerte caprichosa
-tal vez por un demiurgo enfurecido-
te negaste, te negarás, te niegas
a ayudarme en la siembra y en la siega.

Con Ricardo Miró

¿Qué se hicieron tus pájaros dolientes,
tus garzas y las mías, hoy venidas
a menos, sucia nieve envilecida?
¿Qué buscan en la fétida corriente

del Matasnillo –infernial serpiente
de lama negra, putrefacta- hundidas
hasta el collar, la dignidad perdida,
mariscando y tragando tristemente?

¿Y qué puedo decir de tus gaviotas?
La “*flor de espuma*” es hoy de vertedero.
¿Y otros plumados seres emblemáticos

revoloteando sobre la remota
niñez y el mar: talingos agoreros,
muelles con alas, cuacos enigmáticos?

Otra vez la morsa y el carpintero

*“The time has come, the Walrus said
To talk of many things:
of shoes, and ships, and sealing wax,
of cabbages and kings”.*

Lewis Carroll: “Through the Looking Glass”

“Es hora ya de hablar de muchas cosas:
de reyes y repollos”, de sirenas,
de espinacas, tritones y ballenas,
de algas, de hipotenusas esponjosas;

de naves y de voces melodiosas,
de avestruces, trapecios y verbenas,
de cera y de reacciones en cadena,
de botas y de yeguas misteriosas.

Los dos tragones vagan por la arena:
el carpintero de la voz flintosa
y la morsa de lengua mentirosa;

con lágrimas de saurio, no de pena,
van contando las ostras de su cena
salteadas en historias fabulosas.

Soñar en Stratford

Lo veo, vuelvo a ver al pobre viejo
sumido en una siesta permanente,
mientras en la pantalla del espejo
Romeo y Julieta se odian tiernamente;

Y Macbeth asesino (o su reflejo)
y Banquo se acuchillan mutuamente,
mientras las brujas danzan a lo lejos
y cantan las alondras imprudentes.

¿Te rodean fantasmas belicosos,
el brillo de puñales ambiciosos,
las hijas de un monarca abandonado?

¿O estás soñando con tu dama oscura,
con volver a perderte en su espesura,
bardo al hígado blanco encadenado?

Cabanga en Hipona

Y tú también, Agustín, tenías
el hígado blanco
y blancas las patillas.

No eras responsable, pues, de las lianas
que en sueños te sujetaron bajo el agua;
ni fue tuya la culpa de que al amanecer
recordaras con tanta nostalgia
a la venus de piel de pantera
y culo de primera.

La culpa la tiene no aquel tango,
sino el maldito hígado blanco.

El problema viene de muy lejos

"sierpe de cristal"

Góngora

Mas te agradará saber
que el padre Adán
también tenía el hígado blanco.

Cuando la sierpe transparente surgió del mar
y del hondón del tiempo,
sacudiéndose de mala gana
-como un perro no muy aseado-
las escamas de vidrio,
sacó de sus casillas al planeta,
y en territorios nunca vistos
brotó, en vez del paraíso de acuarela,
una candente llanura animada
por rebaños de gacelas enloquecidas
y por el tarambún pum pum atronador
de elefantes en celo.
Y por una mujer de talle estrecho
y posaderas tan enormes,
que las puso a reposar
al pie del árbol,
en cuyo tronco ya estaba enroscada la serpiente
esperando
para tentarla.

El poeta se despide de su isla

Este será el adiós definitivo
porque pronto me quedaré sin espacio,
aunque tú sigas, fija en ti misma,
acumulando, como un viejo avaro, tiempo,
torneada por todos los vientos que te soban noche y día
y que de cuando en cuando te arrancan
melodiosos vagidos de sirena.

Los lazos que nos unían
no se han roto de un solo tajo;
sino poco a poco, por sucesivos, imperceptibles tirones,
como les ocurre a las parejas
cuyo amor mata lentamente la vida en común.
O los súbitos descubrimientos:
pienso en tus intimidades más secretas
que puso de manifiesto el tornado del 64,
cuando quedaste en cueros y alcancé a verlo todo, por
ejemplo,
las conchas de coco -todavía intactas- con que fuiste
rellenada
para que pudieras seducir
a los muchachos incautos como yo.

Recuerdo -pero eso fue mucho antes-
el horror que ponían en mis noches de insomnio
los lamentos inconsolables
del monstruo que agonizaba en tus brazos
a la altura de *Halt Over*;
más allá del cementerio.

Lugares que nadie, en los viejos tiempos, osaba cruzar
después de la oscurana.

Pero un buen día alguien tuvo la ocurrencia de construir
muy cerca

(justo donde te curvas, como un arco demasiado tenso,
para formar la ensenada de *Big Creek*),
el sitio de la Feria.

Propios y extraños,

envalentonados por las brillantes luminarias
que despejaron el área de aparecidos,
te perdieron el respeto.

Con el corazón encogido

los veía bordeando confianzudamente

(sin atenuar su descaro con un silbido de miedo simulado),
desde el atardecer hasta el alba,

las tapias que guardan el suelo consagrado,

para ir a hartarse de *sauce* y de cerveza
en los ventorrillos de la Feria.

O volver, con el sol ya bien alto,

tambaleándose a sus casas.

¿Cuánto tiempo duró el hechizo?

Mejor dicho: ¿cuándo te fue revelado?

El 4 de mayo de 1928 me asomé,

por la ventana de la cocina,

a la bahía,

como si nunca la hubiera visto, ni sospechado su existencia.

Lo que sentí entonces

es un secreto que ni El ni yo divulgaremos jamás.

Ni yo podría traducir a un lenguaje humano.

De pronto todo era más brillante

y silencioso y significativo.

Miré las otras islas: la joroba de Bastimentos
relucía como una esmeralda henchida de belleza;
las cloróticas palmeras de Solarte
habían amanecido empapadas
por el torrencial aguacero de clorofila
que les cayó durante la noche;
y la barrera de manglares -rudimentaria escollera-
que nos protege de la ira, se enmarañaba hasta la locura,
más desafiante que nunca.
Yo sentí que algo se partía en mi interior,
porque sabía perfectamente
quién -velado apenas por el tembloroso espejo de las aguas-
manaba dulcemente aquel prodigio.

Más tarde,
entre todos los niños de la vecindad
sobresalí en los juegos que ellos mismos me enseñaron.
Y las maestras me castigaban
por no tener los cuadernos al día
o por llegar tarde a clase.
Y los baños de mar, los interminables baños de mar,
los buceos, la sorprendente capacidad de aguantar
la respiración bajo el agua
que desarrollé a fuerza de voluntad
para poder explorar a gusto el fondo de tu bahía
constelado de estrellas,
recorrido por cometas moribundos o ya apagados;
o por el pulpo,
que me arrojaba chisquetes de tinta a los ojos
para que no sucumbiera a su mirada hipnótica,
ni pudiese seguirlo a su guarida;

Nostalgia y miedo	47
Cabanga	48
Pearlie	49
Galería	51
La espera	53
Rayo de cordura	54
Los peligros del faro fantasma.....	55
Greasy man	56
La dama oscura	57
En la noche del 19 de agosto de 1976	60
Ars Moriendi	63
New approach	64
Viene de Lejos	65
Precauciones	67
El chivato	69
El cura sin cabeza	70
El buque fantasma	71
¿Qué pasó realmente en Jaboc?	73
Ultimátum de Zeus	76
Incidente en el Morazán	77
Hora de la verdad	82
Lucía calipédica	84
Con Ricardo Miró	85
Otra vez la morsa y el carpintero	86
Soñar en Stratford	87
Cabanga en Hipona	88
El problema viene de muy lejos	89
El poeta se despide de su isla.....	90

hipocampos que, más que nadar,
flotaban en cámara lenta
en torno a los postes revestidos de moluscos nacarados,
indiferentes a las manos que los acarician, o que los atrapan
para devolverlos, delicadamente,
-procurando no hacerles daño-,
a las paredes de cristal de sus establos.

Así transcurrió mi infancia:
entre la escuela, el mar y las calles sin automóviles.
Y partidos interminables de *cricket* y de *mención*.
Y cine mudo los domingos
con vaqueros y galopes y balazos silenciosos
que a pesar de todo derribaban pieles rojas
a los que nunca oí aullar
ni quejarse de dolor;
y acorazados que disparaban balas de humo
(y, sin embargo, los barcos alcanzados por ellas
se iban a pique);
y partidas de *Ring and Tá* o de *chinguilines*, disputadas
fieramente;
y los agitados susurros del *Latá*,
cuando mi compañera de escondite
y yo
nos refugiábamos debajo de las escaleras de una casa
abandonada
a librar agotadoras batallas sin testigos,
de las que salíamos sudorosos y frustrados,
porque ninguno de los dos sabía cómo,
y nos fatigábamos en vano buscando
la trampa escondida que se abre al jardín de las delicias.

Pero todo eso lo hizo a un lado el tiempo rudamente
para llevarme de la mano
por puentes levadizos de neblina
a un territorio en el que nunca me sentí del todo a gusto.
Y el día menos pensado me salió un proyecto de bozo,
y me enamoré
con un amor insensato que todavía, sesenta años más tarde,
me duele en el corazón y me arde en las carnes
y decora la noche
de caserones remozados, embellecidos por el sueño,
o de cuartos oscuros y camas inmensas.
Yo crecí mirándola desde lejos, desde el balcón de mi casa.
No me atrevía
-pese a que tú
parecías tener otros planes-,
a declararle los sentimientos,
que, mientras yo dormía,
daban a luz ciudades intolerablemente hermosas
diseñadas por Campanella,
y calles radiantes por las que ella caminaba
con su paso de *check and peck*,
sin atreverse a mirar para atrás
y ver las ruinas humeantes de mi espíritu
(su cuerpo firme, lleno de vida,
no tenía vocación de estatua de sal).
O se pascaba por el parque,
bajo el frescor aromático de las pomarrosas,
o del eucalipto que se batió victoriosamente
contra el tornado del 15)9)64.
Todavía oigo
el *ring ring* de su bicicleta,

esperado con tanta ansiedad
como la campanilla del heladero.
Y veo sus pechos elevarse bajo el agua
como cálices torneados expresamente
para estrenar ritos y escanciar vinos recién nacidos;
pero mis labios
permanecieron inexplicablemente sellados
y mis manos vacías.
Evoco la brisa traviesa
que desordenaba su cabellera castaña,
en la que me hubiera gustado pasar el resto de mi vida;
y sus ojos: me basta cerrar los míos
para verlos de nuevo reflejando la antigua claridad
que aún guía mis pasos
por lentos corredores de pesadilla.
O me veo caminando a su lado
por las aceras del pueblo, envueltos en un silencio
submarino
que ni ella ni yo nos atrevíamos a romper
por miedo a espantar la sombra
que nos seguía mansamente,
como un perro acostumbrado a los malos tratos;
y porque no queríamos enloquecer de pavor
si repentinamente nos bañaba de pies a cabeza el pulpo
con su tinta de papel timbrado.

Y cuando ella se fue para siempre
retorné al amor de mi isla,
al único amor que -eso creí- me sería fiel
hasta la hora de mi muerte
amén.

¿Cómo iba a prever las ferias, ni el tornado
que puso en evidencia tus intimidades más recónditas,
tus secretos mejor guardados;
ni el terremoto del 91,
bajo cuyos escombros tantas cosas queridas
quedaron sepultadas?

Hoy vuelvo a ti, tratando de averiguar
cuándo
perdimos el misterio que durante tantos años nos unió
como dos condenados a cadena perpetua.

Con la inauguración de la Feria
se apagaron de golpe los lamentos en *Halt Over*;
como si de pronto aquel horror que arrullabas
se te hubiera muerto en los brazos al primer descuido;
o como si en el hospital cercano lo hubieran sedado
para que sus enfermos pudieran dormir, por fin,
sin miedo a morir en sueños,
o para enviarlo en consulta a un especialista de la capital.

¿Quiénes
rasgaron la tela que esperaba cumplir en nosotros dos
su destino de sábana nupcial o de sudario?

Y yo también, como un turista cualquiera,
o un viajante de paso,
o un lugareño venido a menos,
en un acto de traición imperdonable
recorrí todos los puestos de la Feria,
deteniéndome a admirar los corrales en que se pavoncaban
cerdos majestuosos y esbeltos terneros de cría,

o el guineo que empezaba a arracimarse
en las matas verdes de abono y de fungicidas.
Hasta que, sintiéndome profanador de cosas en otro tiempo
sagradas
para todos nosotros,
volví, llorando, sobre mis pasos.
Detrás de la tapia del cementerio
sentí que hasta mis muertos
me daban la espalda
rechazando airados mi silbido.
Entonces lo perdí todo:
porque nuestro amor estaba hecho
de furtivas caricias en la oscuridad,
y se deshizo
al tocarlo los rayos lánguidos de un sol amanecido.

Contenido

Poema bárbaro	3
En el oncenno aniversario de la muerte de mi madre	4
Confesión	5
En la isla (1934)	6
Deseo	7
Elegía a un soneto	8
Los años repetidos	9
En el crepúsculo lluvioso	10
Adánica	11
Final	12
Onán	13
Adiós	14
Evocación de un poeta - A Rogelio Sinán	15
La mujer estéril	23
Aproximación poética a la muerte	26
Encuentro	37
Recuerdo	38
Presentación de la Tulivieja	39
Así (poco más o menos)	40
Gran cabanga con una pequeña venganza	41
Memento	42
De madrugada	43
A Tadeo Brown	44
A Garza (para un espejismo al revés)	45
Retrato	46

